

Mauricio Quevedo

Siempre tuve la inquietud de estudiar fuera de El Salvador. Es difícil determinar con precisión el momento exacto o la razón por la que esto sucedió, pero probablemente haya sido la combinación de la fantasía que veía en los programas japoneses de televisión cuando era niño con el acercamiento a la realidad que se tiene en las aulas del colegio y la universidad.



El contacto con el exterior en ese entonces era sólo a través de los medios de comunicación tradicionales. Para los que nunca tuvimos la oportunidad de viajar más allá que, con mucha suerte, a algún país vecino; recibir noticias de países desarrollados podía verse como una verdadera curiosidad, algo claramente fuera de nuestro mundo.

Con ese trasfondo y a pesar de la guerra, yo tuve la suerte de estudiar en El Salvador sin mayores interrupciones. Estudiando Computación estuve expuesto al boom tecnológico de la década de los 80's y 90's en los cuales se popularizaron las Computadoras Personales. Posteriormente logré obtener un postgrado en Administración de Empresas y logré trabajar en algunas de las empresas industriales más grandes

del país. Aun así, siempre sentí que hacía falta hacer algo más: ir lejos y conocer el otro lado del mundo.

Aunque los programas de becas en el país existen desde hace muchos años, a finales de los años 90's la información sobre ellos no estaba tan a la mano. Sin embargo, y esa lección todavía perdura, depende de cada persona ir, preguntar, llenar formularios, prepararse para entrevistas y estar dispuesto a exponerse al proceso de recibir buenas o malas noticias. Eso puedo decirlo con propiedad porque yo soy de los que intentaron, más de una vez, para estudiar afuera, pero después del debido proceso llegué a Japón a finales del 1998.

Para entonces, era lógico que hubiese más de una motivación, pero puedo mencionar tres específicas: conocer cómo Japón pudo levantarse después de la guerra; entender qué tipo de acciones son verdaderamente aplicables a El Salvador y finalmente, cumplir el sueño de fusionar la fantasía con la realidad a las que estuve expuesto –y sigo estando- desde siempre.

Llegar a Japón por primera vez puede ser abrumador. Por ejemplo, el sentirme analfabeta al tratar de leer las etiquetas del supermercado es buen reflejo de lo que debe esperarse. Sin embargo, lo que se vuelve importante en este punto es la actitud que se muestra ante estos obstáculos que naturalmente aparecen al estar en un país totalmente diferente al propio.

Cada momento es siempre una oportunidad para aprender, y la mejor manera de hacerlo es preguntando, haciendo y equivocándose. En el camino se aprende que el ciudadano japonés tiene bastante paciencia con los extranjeros y



que muchas veces somos nosotros mismos los que no nos tenemos paciencia como demuestra el todavía no entender por qué allá los frijoles son dulces y parte del postre.

Aprender japonés tiene sus dificultades, pero todo depende de la práctica. Depende de cada becario dejar atrás la vergüenza y usar lo que se aprende en cada clase. Estar en Japón y no aprender al menos lo básico del idioma y participar de sus costumbres es perderse una experiencia que queda para toda la vida.

La libertad para los estudios de Maestría es algo que debe aprender a manejarse. Contrario a El Salvador donde ya están más predefinidos los cursos a tomar, en Japón tuve que escoger mis campos de investigación y acción. La autodisciplina es clave tanto como para establecer objetivos como para cumplirlos.

A lo largo del proceso conocí compañeros, colegas, profesores y ahora amigos que me acompañaron en toda esta aventura. Todos se preocuparon no sólo de apoyarme en la parte académica, sino también de enseñarme el Japón del día a día, en el que todos trabajan con el objetivo común de seguir haciendo más grande al país.

En resumen, lo que experimenté después de tres años y medio superó sin ninguna duda cualquier expectativa que pude haberme creado. Vivir en medio de la cultura japonesa que siempre vi desde lejos fue una de las mejores cosas pudo haberme pasado. Sin duda puedo decir que lo que sí fue verdaderamente abrumador es iniciar el camino de regreso.

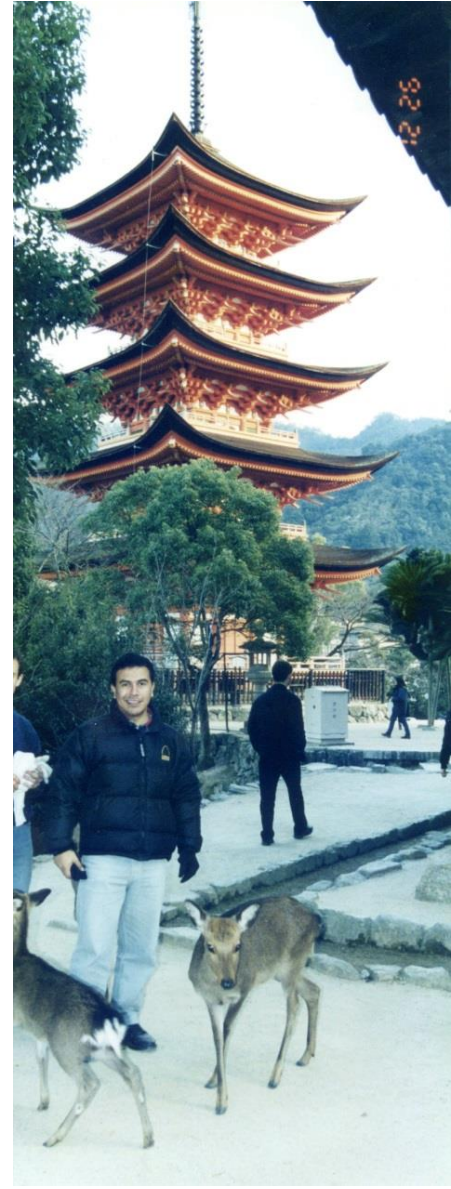
Estando en el Departamento de Economía Aplicada de la Universidad de Comercio de Otaru, en Hokkaido, pude estudiar el crecimiento de la posguerra y, gracias a los contactos de mi profesor/consejero logré hacer mi tesis sobre Innovación Tecnológica en Hitachi Construction Machinery.

Al entender que Japón tuvo los mismos problemas que El Salvador (pocos recursos naturales, territorio relativamente pequeño y países saliendo de una guerra con grandes consecuencias económicas y sociales), no queda más que pensar que es posible hacer algo para que lograr el desarrollo de este último.

Años después de regresar a El Salvador fundé Korinver, en la que nos dedicamos al Desarrollo de Software. Naturalmente, lo que aprendí en Japón me ha servido tanto en el día a día de mi empresa como en el desarrollo de los proyectos en los que nos vemos involucrados.

Hemos logrado que nuestros colaboradores viajen a otros países y luego de entrenarse en programación regresen a El Salvador. Con esto logramos que además de obtener una calidad técnica superior, también tengan una visión diferente para resolver problemas a la hora de desarrollar sistemas. Vivir en Japón me enseñó que esto es necesario y que todos, incluso el país, salimos ganando.

De la cultura japonesa aplicamos el trabajo en equipo, la planificación de tareas y su ejecución. Utilizamos Scrum como metodología de trabajo, el cual ha sido influenciado grandemente por el trabajo de Nonaka y





Takeuchi quienes han demostrado que el éxito en organizaciones de alto desempeño se logra a través de la mejora continua proveniente de equipos multifuncionales.

La influencia japonesa se mantiene gracias a las noticias, amigos y las actividades de la Embajada. Es tarea pendiente todavía establecer relaciones comerciales con empresas japonesas de software pero sin duda, gracias a la experiencia vivida, es un siguiente paso que ya estamos preparados para dar.